

espacios urbanos

de SOCIABILIDAD

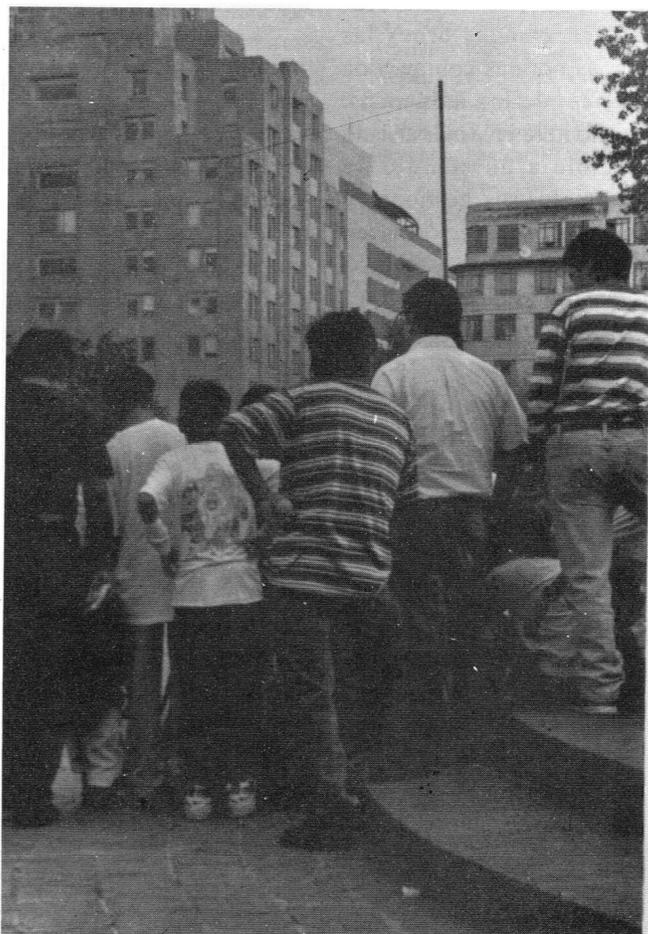
El desarrollo de la arquitectura y el urbanismo presupone una constante producción de obras cuyo proceso sea acorde a los espacios urbanos (en cuanto a su presencia), y que éste sea capaz de reflejar en el arte constructivo la vida cotidiana. Actualmente existe una gran preocupación por retomar la investigación artística y científica en cuanto a los espacios urbanos que pongan de manifiesto en el contexto social, la humanización de dichos espacios, por oposición a la uniformidad, geometrización y frialdad propias de tendencias predominantes en la arquitectura.

Atendiendo a esta situación, diferentes instituciones académicas tanto nacionales como extranjeras, se han interesado en el estudio y desarrollo de los espacios de sociabilidad urbana, tanto en el diseño arquitectónico, como en la producción artística que permita conjugar un esfuerzo colectivo que redimensione el papel del individuo.

Los antecedentes que existen en cuanto a las iniciativas tomadas son sin duda aportaciones valiosas, que lamentablemente no han sido sistematizadas o retomadas para constituir un programa permanente de integración social.

La arquitectura y el urbanismo están ligados a mecanismos de poder específicos que en su conjunto constituyen los elementos propios de un sistema basado en la especulación inmobiliaria y la renta de la tierra. Estos condicionamientos del quehacer arquitectónico representan verdaderas trabas, porque provocan que la disposición del espacio se deleve como instrumento de poder y dominación.

SILVIA ROJAS PANIAGUA*
LORENZO ISMAEL VARGAS SÁNCHEZ**





Convivencia institucionalizada

La vida en la aldea y en el pueblo es mucho más social que en los centros urbanos, ello se debe a que los mecanismos de poder y control social son menos estructurados e institucionalizados. En las grandes urbes las instituciones y las normas cobran vida propia, por encima de los individuos. Esto hace que el hombre viva más aislado y se enfrente solo a un cúmulo de problemas, por tanto, sus gestiones y elementos de defensa e integración tienen referentes desintegradores y menos aglutinadores que en los pueblos.

En el Metro, medio de transporte y espacio de concentración de individuos, éstos lo entienden con normalidad pasmosa, sin importarles compartir ese espacio. En este lugar la cercanía es grosera y promiscua por “los otros”, que al estar ahí dejan momentos valiosos de su vida. De lo contrario, no entenderíamos el escándalo periodístico cuando hay un asalto, un accidente, o se suicida una persona, que en la loca aventura del trayecto ve en la estación la posibilidad de escape de la realidad, que siendo la suya, lo ha llevado al límite de su existencia.

Es importante comprender que realmente son pocas las veces que conducimos nuestras vidas, tomamos decisiones y en algunas ocasiones alcanzamos nuestras metas en la vida diaria (llegar al trabajo a tiempo, comer,

etcétera). Sin embargo, existe una barrera para organizarnos, y por ende, ser más sociables. Parecería que al individuo le es más fácil ser conducido por los mecanismos de control preestablecidos que delinear una forma de vida propia.

Si aceptamos como principio que el hombre es un ser social por naturaleza y que la ciudad es el espacio idóneo para la realización de aspiraciones sociales; tenemos que el hábitat natural para el desarrollo del hombre es la metrópoli.

Como los orígenes de modelo urbano de las ciudades se han regido por el sistema capitalista de producción, tenemos que la población se concentra en las urbes y se finca a partir de las necesidades del modelo. Es decir, el ser humano se integra a espacios predeterminados por otros. Luego, se inicia una lucha donde la lógica del capital desestructura al individuo. El aislamiento del hombre se presenta en la actualidad, cuando pierde su identidad, se obliga al desarraigo, a la migración y la marginación social. El predominio de la especulación inmobiliaria lo obliga a pensar que en la periferia de la ciudad o en el centro del poder urbano, logrará sus metas.

Experiencias de sociabilidad

La disolución de la contradicción no es fácil, es una lucha constante por la vida, que se aferra al espacio así ganado. La rutina es la fachada que encubre el

descaro en la aventura esperada, apenas rebasada por la ansiedad de no ser descubiertos como transgresores de lo cotidiano vivido.

Es ahí donde la ciudad se convierte en espacio de “sociabilidad”, la rutina del trabajo, las labores muertas por los largos trayectos de casa a la fábrica y de ésta al hogar, así como el ocio, son mezclas indispensables para escaparnos del tedio.

En ese espacio sociable se viven, y se experimentan diferentes sucesos, que a veces son irreales.

Veo que una mujer desnuda me guiña el ojo, pero no puede ser, es más agresiva que plástica, en su mano empuña un arma letal, y para alcanzarla necesito atravesar un río de autos circulando por el frente, por atrás, por uno y otro lado, es la Diana, pero mi visión continua y se proyecta al fondo donde se perciben las puertas metálicas y frías del Castillo de Chapultepec. El espectáculo es indescriptible, me siento protegido y a la vez desesperado por un trago; paso sin ver al limpiaparabrisas de la esquina que tropieza ante mí, cruzo frenético rumbo al bar más concurrido de la Zona Rosa, ahí pierdo el sentido de mi preocupación inicial; en el “cachondeo” con las jóvenes meseras y el mensaje correspondido en el que impera una “corta feria” si se pretende llegar más allá en el juego. Después el sentimiento de culpa se hace evidente —son más de las once— y el “coto”

fue aleccionador: se aprendió a vivir y compartir, a ligar y a revivir pasadas glorias. Mientras, al otro lado de la ciudad, espera la soledad de la cama apenas compartida y el silencio coloquial ante cuestionamientos clásicos: ¿por qué llegas tarde?, ¿por qué no me hablaste? y otros más agresivos cuando lo cotidiano alcanza nuestra pereza por la reconquista.

Para otros menos posibilitados, pero que también comparten nuestro espacio, la rutina puede ser tanto o más pesada que la nuestra. Lo veo con el corazón palpitante y apenas contenida la respiración, me sigue en el pasillo del camión, volteo y de reojo adivino sus intenciones, al instante se percata de mi mirada y contiene el aliento, parece que la agitación se pasmara en una espantosa tranquilidad: *-pinche güey ya se dio cuenta, no importa, si la hace de pedo, me lo chingo-*. Lentamente levanta su mano hasta la altura de su cintura y observo la navaja, con mayor precaución me coloco frente a él y junto a la puerta; veo que no está solo, una mujer y un hombre lo acompañan, de 28 y 35 años respectivamente. Sin reparar en mi mirada, se acerca lentamente a una señora, que ajena a lo que sucede platica con su hija de apenas cinco años, sujetándola por la mano. Este rompe la bolsa que cuelga del hombro de la señora y extrae su contenido con la pericia de un verdadero hombre de negocios, bueno

quise decir, como un verdadero profesional en su ramo. Este acto se repite en otras más y yo paralizado, hasta que sin mayor pena deciden conjuntamente y a una sola señal bajarse del autobús, para entonces, las pétreas oficinas de una delegación están a la vista. Nadie se dio cuenta y yo, menos.

Se ha roto el silencio, ahora puedo oír a una persona que habla de los políticos ladrones y de los cambios democráticos en la ciudad. La rutina vuelve y el ruido de la calle llega a mi como para despertar de una pesadilla. Los ladrones caminan como cualquier otra persona y se pierden en la explanada de la delegación, saludan al policía de la esquina quien les corresponde con un ademán hacia la *kepi* y cruzan a otra parada, van riendo despreocupadamente y sin perder más tiempo abordan un trolebús. El mayor problema que enfrentarán si no mueren en la siguiente esquina, es cómo y con quién cambiarán lo robado. El sufrimiento no les interesa y menos el del prójimo. La ciudad se devela como una selva de asfalto donde nadie está a salvo y la sociabilidad no existe, sólo intereses, entre los cuales está el de preservar la vida.

Ante esto, ¿cuáles son los retos de los arquitectos y cuáles las posibilidades de los urbanistas? Crear espacios de sociabilidad, rediseñar la ciudad, hacerla una aldea más localista donde se permita un juego interactivo, comprometido con

la vida y el colectivo. El arquitecto tiene un pequeño poder al incidir en el diseño y distribución del espacio, su conciencia debe ser social, y tener como meta la recreación del modelo de la ciudad tendiente a la edificación de una vida vecinal.

Toda la actividad humana podrá volver a reunirse, para que el trabajo, el juego, el amor, la vida, la política, la ciencia y el arte, sean experiencias compartidas por quienes tienen un espacio común; se deben establecer acuerdos concretos sobre cómo vivir. La política de socialización para la arquitectura impondrá el construir espacios para vivir (re-vivir) y, donde la diversión y la creación se propicie entre sus habitantes. Algunos por cierto, buscarán vivir solos, esto también deberá ser importante para considerar el desarrollo de nuestra nueva ciudad.

Bibliografía

- Benévolo, L. *Orígenes de la urbanística moderna*. Ediciones Tekne, Argentina: 1967. pp.158.
Goffman, Erving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Editorial Amorrortu editores. Argentina: 1989. pp. 273.
Morris, David y Hess, Karl. *El poder del vecindario, El nuevo localismo*. Colección Tecnología y Sociedad. Edit. Gustavo Gili. Barcelona, España: 1978. pp.177.

* Licenciada en Derecho.

** Licenciado en Sociología. Profesor e investigador de la ESIA-Tecamachalco.

